

S. Th. 1. p. q. 103.
art. 2. ad 3.

ciegas para conocer su fin, demuestra con mucha mayor claridad (caminando à el) que ay quien vea por ellas, y quien las incline, ò por mejor dezir las necesite: mas con esta diversidad, que aquella necesidad, que imprime en las cosas el Hombre, se dize Violencia: y aquella necesidad, que imprimiò en las cosas Dios, se llama Naturaleza. De adonde, si el ver à la faeta necesitada à seguir con ajuste al Javali, que huye, nos obliga à dezir: Huvo Arquero, que la disparò; mucho mas el ver à la Tierra, al Agua, al Ayre, y à todas las Espheras necesitadas à proceder con juyzio tanto mas estable, y tanto mas elevado, en sus cursos, nos obliga à dezir. Numen ay, que las dirige. Reparad pues, que, como no se puede huir del Mundo, sin encontrar aquel Mundo, de que se huye, así no puede negarse Dios, sin que se confiese. El llamar Naturaleza à aquel Poder invisible, que da el orden à cosas tan hermosas en si, tan encadenadas, tan utiles, tan durables, y no querer llamarle Dios; es como llamar al Sol, Principe de los Planetas, y no querer por desprecio llamarle Sol. Bien puede la Lengua humana mudarle los titulos; mas no le puede arrojar de el Trono: *No entiendes, que le mudas el nombre à Dios?* dixo Seneca: *Què otra cosa es la Naturaleza, que Dios, y la Razon Divina, inserta en todo el Mundo, y sus Partes?* Vuelve pues desde el principio mi primer Assunto, y es, que aveis de tener mas dificultad sin comparacion en persuadiros, à que no ay Dios, que en persuadiros, à que le ay: tanto conspiran los efectos vnidos para manifestaros à su Hazedor!

5 Hasta aora avemos visto esto, estando mas sobre las cosas generales, para abatir, à quien no cree.

Simil.

Simil.

Sen. de Benefic. l. 4.
c. 7. *Non intelligis, te mutare nomen Deo? Quid est aliud Natura, quam Deus, & divina ratio toti Mundo, & partibus eius inserta?*

eree. Aora lo verèmos, baxando mas à las particulares, para alentar mucho mas, à quien empieça à creer. Y porque este Hazedor del Vniverso es llamado en compendio Criador de el Cielo, y Criador de la Tierra, juzgarè, que executo vna obra de mucha importancia, si os mostrare, como el Cielo testifica à su favor, y como la Tierra.

CAPITULO X.

LOS CIELOS PREDICAN LAS GLORIAS de su Hazedor.

PReguntado Anaxagoras, para que avia nacido el Hombre, respondiò, para mirar el Cielo. No fue tan estolido, que avia de juzgar, que nada avia sobre el Cielo mas admirable, como lo sintiò, el que le condenò por esta sentencia por mentecato. Antes, si se ha de creer à Aristoteles, fue el primero entre los Antiguos Philosophos, que reconociò al Verdadero Autor de las Cosas, atribuyendolas al Entendimiento Divino, de quien hizo, que se derivasse tambien el Orden tan firme, que han guardado. Dixo pues esto, porque, enamorado de la Astronomia, juzgò, que no teniar nuestros Ojos objeto mas a proposito para introducirnos al conocimiento de Dios, que el Cielo, despejado de Nubes. Por esso, si de el Cielo no cuydaramos mas, que quien repara en vna hermosura exterior, como lo hazen las Aguilas, nos portaramos, como si vieramos vn bello Libro abierto, pero no le leyèramos. Es menester passar

Lact. Inst. l. 3. c. 9.

Arist. l. 1. Met. c. 4.

Simil.

ad-

adelante con la vista interior à aquello mas, que los Astronomos nos enseñan, especialmente en nuestros dias, quando los Modernos han conseguido de aquella maravillosissima Maquina noticias tanto mas exactas, que, las que corrieron entre los Antiguos; que he seguido otras vezes. Quiero pues, que levantados sobre esta Atalaya para mirar el Cielo consideréis, como èl os muestra los principales Atributos de su Hazedor: con la Capacidad, el Poder; con los Movimientos, la Sabiduria; y con los Influxos beneficos, la Bondad. Y puntualmente à estos tres Capítulos podemos dezir, que se reduce, lo que se contiene en tan gran Libro.

§. I.

2 Lo primero, que se nos ofrece à los Ojos, es la Capacidad portentosa de el Cuerpo. Y acerca de esta, para no confundir lo verdadero con lo verisimil, hablemos antes, de lo que parece menos incierto, y despues de lo que se alcanza por conjetura. Los Compases, para dezirlo así, de que se valen los Astronomos en estas tan grandes medidas, son las Paralasses. Mas porque estas de la parte de allá de los Planetas son insensibles, nos quedaremos de la de acá. Y no nos ha de parecer poco el subir tan alto con seguridad, de suerte, que vn Hombre de pocos palmos pueda llegar à hacerse, como vna Escala, que toque desde la Tierra hasta Saturno, la mas distante de todas las Estrellas Errantes. Que Campos tan dilatados, como los que desde alli quedan hasta el ultimo Cielo, no tienen medida: *No se pueden medir los Cielos por la*

Ier. 31. 37. Si menturari potuerint Caeli sursum,

parte de arriba. Mas esto mismo fue ordenado con arte, para insinuarnos, que al rastrear el Poder Divino, entonces nos hallamos à los principios, quando creiamos, que aviamos llegado al termino. Por esso refrenando los Ojos, portemonos así. Ni los detengamos en la Luna, demasiadamente conocida, ni los passemos à Saturno, poco observable. Fijemoslos en la Cara al Sol, que està en medio.

3 El Sol pues, que parece, que està en el Cielo entre tantas Estrellas, como el Rey Coronado entre los Grandes de su Corte, aunque à nuestros Ojos engañados les parece tan pequeño, que imaginamos encerrarle en vn Espejo, es vn Gigante de Corpulencia tan desmedida, que es su Diametro de vn cabo à otro, de docientas, y setenta, y tres mil millas, ciento, y setenta y quatro: y su Circunferencia es de ochocientas, y setenta y siete mil, y quatrocientas, y sesenta, y ocho millas: y así mayor treinta mil, y seiscientas vezes, que todo el Globo, sujeto à èl, de la Tierra. No os parece, pues, que esta Obra sola podria con la amplitud de su labor bastar para representaros la Inmensidad, que posee, quien la criò. Agora, que serà, si os hazemos medir demàs de esto la grandeza de el Cielo, donde este Sol se passea, como en su Palacio Real, esparciendo, à manos llenas, sobre todas las Criaturas inferiores los Theforos de su luz? La mayor circunferencia de este Cielo, es de ciento, y noventa, y siete millones de millas, novecientas, y diez mil, quatrocientas, y veinte, y quatro. Y verdaderamente, si el Sol, que es vn Mundo de resplandor, sin embargo en el Concavo de su Cielo no parece casi mas, que vna Lampara, colgada

Parte I,

L

de

175. 174

877. 468

V. Riccio. in Almage
l. 3. c. 11.

197. 910. 424

de su boveda, es menester, que sean inmensísimos aquellos espacios, de que él ocupa, segun parece, tan poco sitio.

4 Y si de estos espacios, que, como he dicho, se nos concede, que los midamos con mas seguridad, nos queremos hazer passo para arguir el exceso de las otras Estrellas superiores, concluirè brevemente, diciendo, que este exceso (principalmente, si se habla de las fijas) solo es notorio à aquel Divino Maestro, que labrò tan grandes cuerpos con el imperio de su voz, para muestra de lo mas, que puede fabricar sin termino cada momento: y no podemos discurrir sin portarnos, como Adivinos: *El Hombre es demastadamente mortal para el conocimiento de las cosas inmortales*, dezia Seneca: y esto no solo por lo poco, que el Hombre vive, mas tambien por lo poquissimo, que entiende detrás de la guià de los sentidos. Se defiende, que vna de las menores Estrellas, que vemos sin embaraço, que son, las que se dizen de sexta Magnitud, contiene sesenta, y quatro vezes toda la Tierra: y que vna de las mayores, que son, las que se llaman de primera grandeza, contiene à la misma Tierra cinquenta mil, trecientas, y cinquenta, y cinco vezes, con parecer casi pequeñas candelillas: tanta es la desmedida distancia de el Firmamento, que està apartado de el Centro de nuestro Mundo inferior, quatrocientos, y treinta, y ocho mil, setecientos, y treinta, y quatro millones, quatrocientas, y treinta, y ocho mil, setecientas, y treinta, y quatro millas: de tal manera, que si vn Correo, Emulo de el de Alexandro (que caminaba, como lo testifica Solino, ciento, y cinquenta millas al dia) estuviera por suerte en obligacion de andar todo aquel es-

Sen. de vita beata c.
32. *Homo ad immortalitatem cognitionem nimis mortalis est.*

Ricciol. l. 6. c. 9.

438. 734. 438.
734.

V. Almag. l. 2. c. 8.

pacio, que ay desde la Tierra al Cielo Estrellado, necesitara para acavarle de emplear ciento, y cinquenta, y ocho mil años; y setecientos, y noventa, y quatro; de suerte, que aunque se huviera puesto en camino desde el primer dia, que nació el Mundo, no huviera llegado aun à passar enteramente la vigesima quinta parte de su Camino.

5 Esto es, lo que les ha parecido à Astrónomos sapientísimos de nuestros días, despues de largos computos, y despues del largo comercio, que han tenido con las Estrellas. Y quien sabe, que estos tambien no dàn debaxo del blanco, como dieron los de los tiempos passados; y que no nos pintan aquella Maquina excelsa, menor, que es verdaderamente? Quien sabe, que la Esphera de las Estrellas no es de la misma manera mayor sin comparacion: de suerte, que aquellas Estrellas, que parecen tanto menores, que las otras, no sean verdaderamente menos grandes, mas solo mas distantes? Quien sabe, que assi como con el uso del Tubo Optico avemos descubierto desde acá abajo tantas luzes, que antes no parecian, assi si pudieramos subir allà arriba, donde están los Planetas altísimos, y desde alli, como desde otras tantas Torres, valernos de semejante instrumento, como de Espia, no consiguiéramos con él, hallar otras innumerables novedades, ignoradas hasta aora, por aquella grande distancia, que no permite, que llegue hasta allà alguna de las huellas humanas? Lo cierto es, que de qualquiera manera, que nos figuremos, que son aquellos espacios, no les pueden parecer à nuestros sentidos; menos, que vna pequeña inmensidad, pues al cotejo de aquellas Espheras, el Globo de la Tierra, por otra parte tan corpulento

Almag. l. 7. c. 5.

se desvanece al instante, y no haze ya figura mayor, que vn punto: dando con esto lugar à aquella famosa reprehension de Seneca à tantos necios mortales, atentos à amplificar sus Confines, à litigar, à luchar, en tan angosto Campo, teniendo allà arriba tanto mas, donde dilatarse: *Vn punto es aquel, en que navegais, en que batallais, en que disponis los Reynos; vn punto es.*

Sen. Natur. q. l. 1.
Punctum est, in quo
navigatis, in quo be-
llatis, in quo Regna
disponitis, punctum
est.

§. II.

6 Aora volviendo à Maquinas tan desmedidas, no fuera grande Empresa, si se llegara en muchos años, no digo à revolverlas, mas solo à hazerlas mudar tantico de sitio? Creyòse por maravillosa gloria de Miguel Angel, que se dixesse, q̄ en virtud de las maquinas, que avia iuventado con su Ingenio, pudieron despues menos de mil hombres levantar en la Plaça Vaticana aquel Obelisco, en que el Rey de Egypto avia empleado treinta mil. A tierra, ò pensamientos humanos para hazer obsequio à la sublimidad del Primer Motor! El Sol (Cuerpo tan maravillosamente crecido) en el Equador corre, cada hora, siete millones, ochocientas, y ochenta, y ocho mil, novecientas, y treinta, y quatro millas; y en cada minuto segundo, que es la sexagesima parte de vn minuto primero, corre dos mil, y ciento, y noventa millas, ò por mejor dezir, no las corre, mas se las traga, tan rapidamente se mueve. No os parece, que el pensamiento mismo està ya cansado de seguirlos? Hazese cuenta, de que el viage, que acaba el Sol en vn dia solo, que es de ciento, y ochenta, y nueve millones, trecientas, y treinta, y quatro mil, y quatrocientas,

Bozi. de sign. Eccl.
l. 6. c. 24.

7. 888. 934.

2190.

89. 334. 416.

845.

tas, y diez, y seis millas) apenas le caminaria vna bala de Artilleria, llevada igualmente sobre las alas del Fuego, en el termino de ciento, y veinte años enteros.

7 Mas no desperdicieis de modo vuestros estu-
pores, que no os quede vna buena parte, para lo que se sigue. No es el Sol entre los Planetas el mas ligero. Mercurio, puesto en su mayor altura, llega en vna hora à correr mucho mas de onze millones de millas: Venus, mas de treze, Marte, mas de veinte, y dos; Jupiter, mas de cinquenta, y vno; Saturno, mas de noventa, y siete. Y, si con lo verdadero no os es pesado admitir lo verisimil, entre las Estrellas del Firmamento ay muchas, puestas en la Equinocial, que, en vna hora, corren sin pararse, el espacio de dos mil, docientos, y setenta, y quatro millones, trecientas, y ochenta mil, y quinientas millas: y en vn Segundo, corren el espacio de seiscientas, y treinta, y vn mil, y ochocientas, y ochenta, y siete millas. Mucha razon puestenia, el que afirmò, que la vista del Cielo era suficiente para formar vn gran Hombre Sabio: *Mira al Cielo, y philosopha.* No tiene Entendimiento, quien no divisa en las maravillas de la Obra la Sabiduria de su Hacedor. Y el que todavia quiere pertinaz reducir à accion fortuita el fabricar Maquinas de grandeza tan exorbitante, y reducir las à concordia con tanta ley, y compelerlas à la carrera con tanto aliento, seguramente merece, que le lleven preso al Hospital de los Locos, como privado de aquel juyzio, que le dà à la Casualidad. Es menester necessariamente confessar, lo que viò Seneca, con sola la luz, que tuvo entre sus tinieblas; y es: *Que no està tan grande Obra sin algun Custodio: y que este dis-*

V. Almag. l. 7. c. 7.

2. 274. 380. 500.

631. 887.

Intuere Cælum, &
philosophare.

Sen. l. 1. de Prov. c.
1. Non sine aliquo
Custode tantum Opus
stare: nec hunc Syde-
rũ certum discursum
fortuiti impetus esse,
sed hanc inoffensam
velocitatem procedere
re aterna legis imperio.

845.

curso cierto de los Astros no es de impetu fortuito, mas que procedé con imperio de Ley eterna esta velocidad sin tropieço. Estos son indicios muy manifiestos de vna Mente Governadora: y quien ni aun desde la Cumbre de las Espheras sabe, en nuestrós dias, dar vn vuelo para conocerlo, se puede dezir, que no haze caso de las alas, que le ha dado la Razon; y por esso no se le deve mas, que el ir agatas por la tierra, como vn Jumento.

8. Pues què seria, si le fuera licito à la Vista observar por menor la proporcion de estos Circulos Celestiales, la Consonancia, las Causas, y los fines de tan varios, pero reglados discursos? Nosotros, que quedamos espantados del concierto de vn Bayle, que dura vna hora, de que extasis de maravilla no quedarèmos sorprendidos con aquella estable Dança, que puede tener atonitos à los Entendimientos mismos de las Inteligècias Motrices? Mas, fuera de nosotros entonces, lo que fuera, aquella misma nada, que aora sabemos, nos predica en voz alta, que ay vn Dios, Soberano Ingeniero de estas Maquinas inauditas, y de aquellas sus increíbles ruedas, sobre que se revuelven con tanta facilidad. Que por esso podemos dezir, con mas particularidad, de el Cielo, lo que de todo el Mundo dixo

Lib. 11. de Civit. e.
14. Pulcherrima specie, & factum se esse, & non nisi à Deo ineffabiliter, atque invisibiliter magno ineffabiliter, atque invisibiliter pulcherrime fieri potuisse Proclamavit.

S. Agustín: Con su hermosissima vista proclama, que fue hecho; y que pudo ser hecho, no por otro, que por vn Dios, inefable, y invisiblemente grande, y inefable, y invisiblemente hermoso. Y sus voces son, la puntualidad, si así la queremos llamar, y la Constancia inviolable de estos grandes movimientos; pues desde que los Cielos fueron criados, no han variado jamás aquella primera regla, que les fue prescrita, de revolverse: de adonde fundados en la

apa-

aparente regularidad de gyrostan diversos, podemos publicar los Calculos, y las Ephemeridas; y podemos predecir las Conjunctiones, y los Eclipses, tanto tiempo, antes que sucedan. Aora, si vn Relox, para que no yerre, ha menester necesariamente vn Artifice, que le trabaje con grande ingenio, y que, de quando en quando, le revea, le repula, le tenga en concierto; en que animo podrá jamás caer, que los Cielos, esto es, aquellos puntualmente, que dan con sus movimientos, la regla al Relox, pudieron tener de la Casualidad sus principios, y de la Casualidad sus progressos, aviendo durado yà cerca de sesenta siglos con vn tenor tan vniforme?

9. Dirase, que proviene esto de la Naturaleza de los Cielos, que así lo lleva. Mas no: porque qualquier movimiento proprio de vn Mobil, no es dirigido de sola su Naturaleza, mas tambien del mismo Mobil, que se vâ, como peregrinando para encontrar en otra parte algun bien, que le falta en su Casa. Pues el moverse puramente por moverse, es, à largo andar, tan contrario à la propension de cada ser, que los Poetas en su Infierno no supieron inventar pena mas estraña, que el estar siempre dando vueltas, como el Infeliz Ixion sobre vna rueda, sin sacar jamás mayor provecho, de aquella interminable revolucion, que seguirse à vn tiempo, y huirse à si mismo.

Revuelvese siempre Ixion;

Y con aquel movimiento,

Infelizmente se sigue,

Y se huye, al mismo tiempo.

Aquel gran movimiento pues de los Cielos, aquel andar perpetuamente al rededor sobre nuestras Ca-

be,

Simil.

S. Th. 1. p. q. 9.
art. 1. in cor.

Ovid. 13
Volvitur Ixion, & se
sequiturque, fugitque.

beças, aquel caminar con tanta constancia, aquel correr con tanta ligereza, y esto no mas, que por nuestro bien; no puede proceder de su naturaleza particular: así porque su movimiento, siendo circular, no tiene termino, adonde mire, y por esso no puede ser apetecible para alguno de ellos por si mismo; como, porque no se descubre, que nueva ganancia llegue à conseguir alguno de los Cielos con sus viages continuos. Antes, mientras el primer Cielo se mueve en si mismo, si se moviera en gracia suya, buscara su perfeccion dentro de si; y así se moviera para hallar aquel bien, que ya posee: como vn Necio, que sacudiera con ansia, para encontrar el anillo, que tiene en el dedo. Queda pues, que aquel efecto, que no se puede derivar de la Naturaleza particular de las Esferas Celestes, se derive de vna Causa vniversalissima, que como Señora del Todo, tenga en el Coraçon el bien de las otras Criaturas mas nobles, à que haze, que sirvan las Esferas con sus movimientos.

Simil.

§. III.

TO Y si la Magnitud de los Cuerpos Celestes nos declara el Poder de su Artifice, y los Movimientos nos declaran la Sabiduria, no será menos eloquente la Redundancia de los Influxos beneficos para mostrarnos la Bondad. Baste dezir, que si los Cielos se pararan algun poco, essa quietud fuera la vltima destruccion de la Naturaleza inferior, privada, de vn golpe, de vigor, y de vida, no menos, que lo quedan todos los miembros, al pararse el movimiento de el Coraçon. Y de hecho los

Simil.

los gdaños, que le resultan à nuestro Mundo de los Eclipses de las Lumbieras superiores, demuestran claramente la dependencia suma, que tenemos de el Cielo, y quanto qualquier pequeño impedimento, que se atraviessa à sus continuas influencias, trae de incomodidad, y de desconcierto. Mas para hablar de cosas, aun mas evidentes, no nos alexemos del Sol, tomado de Nosotros por termino luminoso de nuestra contemplacion.

II Los Antiguos Sabios de Egipto le intitulan Hijo visible de Dios invisible; y à la verdad dixeron demasado: pero les puede servir de excusa aquel excesiivo resplandor, que los cegó. El Sol no es Hijo, mas es retrato del primer Ser, que quiere en el, como dibuxarse à si mismo, y guiarnos con esta Hacha al conocimiento de su Naturaleza Divina, disponiendo por esso, que sea juntamente vnico, y multiplicado; vnico en la naturaleza, y multiplado en la beneficiencia, de suerte, que no aya Criatura, que no reconozca al Sol por Padre; pues adonde no llega con la presencia llega con la Virtud. El Sol pues, como Primer Ministro en el Reyno de la Naturaleza, nos va distribuyendo cada hora, quanto tenemos de Vida, de Salud, de Espiritus, de placer, segun los Ordenes, que recibe de su Principe Soberano. Dixe, segun los Ordenes, que recibe, porque el viage obliquo, que haze en el Cielo, muestra evidentemente la Arte divina, que tiene la Causa Primera, en quererle tal: en tanto grado, que el entender esta misma obliquidad, es, entender la cifra de todos los sucesos naturales, mal conocidos. Así le pareció aun à Plinio: *El aver entendido su obliquidad, es, aver abierto las puertas de las casas.* Porque es cosa cier-

Plin. l. 2. c. 8. *Obliquitatem eius intellexisse, est, rerum fores aperuisse.*

ta, que necesitaba este Mundo de varias Estaciones para mantener su Virtud. Necesitaba de el Hibierno, para vnir el Calor natural, que en estando sitiado de la Escarcha Enemiga, se retirará mucho mas adentro, para su defensa, echando en esse reconcentramiento mas fuertes rayzes, y proveyendose de mas copioso alimento. Necesitaba de la Primavera, para salir, como à Campaña, con buena ordenança en nuevas hojas, en nuevas flores, en nuevos pimpollos. Necesitaba de el Verano para combatir, y vencer el humor superfluo, extenuando, lo que en los Cuerpos ay de redundancia, y cociendo, lo que ay de crudeza. Y finalmente necesitaba mas del Otoño, para triumphar con la abundancia de los frutos, de que colma entonces todos los Senos. Ahora todo esto lo obra el Sol, con sola la diversion, que haze, yà àzia el Aquilon, yà àzia el Austro, hasta veinte, y tres Grados, y medio en su mayor distancia del Equador. Y lo que mas es de estimar, obra todo esto con vna mudança casi insensible. Porque, si de los frios rigurosos del Hibierno se passara inmediatamente à las llamas del Verano, ò de las llamas del Verano à los yelos del Hibierno, quanto se incomodaran nuestros Cuerpos con aquella repentina mudança, y quanto padeciera la Naturaleza? Ahora el Sol, torciendo poco à poco con discrecion su camino, mete entre los extremos del sumo frio, y del sumo calor la Primavera, y entre los extremos del sumo calor, y del sumo frio el Otoño, y con igual suavidad vâ templando las fatigas, à que nos obliga, y vâ perficionando las gracias, que nos reparte. Lo mismo haze tambien cada dia, en la justa division de las horas diurnas, y de las nocturnas, señalando

vn tiempo para el trabajo, y otro para el reposo: y yà alargando los dias, quando es menester acrecentar el calor à la Tierra: yà alargando las noches, quando, por el contrario, es menester disminuirlo, y yà igualando las Noches à los Dias, quando es mejor, que se igualen las partidas. Quien pues no vè, que siendo los viages del Sol, y proporcionadamente los de las otras Esferas, todos en beneficio del Hombre, todos con ley, todos con peso, todos con medida, es necessario, que sean Consejo de vna Gran Mente, que intente el fin con suma Sabiduria, y con suma Bondad; y que con sumo Saber, y sumo Poder aplique al mismo tiempo los medios para el fin? Por otra parte el Sol, aunque se nombra el Ojo de el Mundo, es Ciego para conocer este fin, y para aplicar estos medios; y es totalmente insensible para inflamarse por nuestro bien: y tambien es ciego, y insensible totalmente el Cielo con todas las luzes de sus Estrellas benéficas. Luego es preciso, que todo esto sea Obra de vn Artifice, que en la Grandeza de las Esferas, en la velocidad de los movimientos, en la multiplicidad de las influencias propicias, nos aya formado vn Retrato de su Braço, de su Mente, y de su Coraçon Divino. que ponernos delante de los Ojos. Fuera pues muy gran verguença del Hombre, si él, que, por las huellas, que dexa vna Fiera en el Bosque, sabe reconocerla, sabe buscarla, sabe llegar hasta hallarla en su Cueva, no supiera, por los vestigios tan manifiestos de la Omnipotencia, de la Sabiduria, y de la Bondad, que vè estampados en los Cielos, reconocer, rastrear, y llegar tambien à hallar à Dios en su Trono, y à venerarle.